

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

222

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO III.-26 de Noviembre de 1909.-NÚM. 152

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

Á NUESTROS LECTORES

Un accidente absolutamente imprevisto é independiente de nuestra voluntad nos ha impedido insertar hoy el cuento de Alberto Insúa titulado «El crimen de la calle de...» que anunciábamos en el pasado número. En su lugar publicamos una preciosa novela de la «Cantora de la mujer», como tan justamente es llamada la ilustre escritora D.ª Concepción Gimeno de Flaquer, y en el próximo irá el cuento de Insúa, que por razones varias ha de llamar poderosamente la atención de todos.

LA DIRECCIÓN.

LIBROS Y REVISTAS

Una vuelta por Salamanca, por Modesto Pérez.—Es un libro editado con gusto, en donde se habla de todo lo notable que encierra Salamanca y principalmente de sus monumentos y de sus hombres; pero no es una descripción, ni mucho menos una guía, al menos en el sentido en que generalmente se tornan estas palabras, ya que en otro bien pudiera ser esta obra una guía del turista sentimental.

Pero la principal utilidad de este libro es para los mismos salmantinos. Los hombres construyen ciudades y en ellas se desenvuelve lo más intenso y varió de la Historia; pero los hombres mueren y su recuerdo se perdería por igual si no fuera porque las ciudades guardan en sus monumentos y en sus reliquias la huella de los espíritus escogidos. En esto está el mérito de las viejas ciudades y en haber buscado esa huella el libro de Modesto Pérez, que seguramente ha iniciado á muchos que pasan todos los días rozando la esquina de la Casa de las Conchas, ó que entran y salen en la catedral vieja, en esa visión del misterioso tesoro de las viejas ciudades. Por eso, repetimos, la principal utilidad de esta obra es para los mismos salmantinos.

Cuando las hojas caen, comedia de José Francés.—Se ha impreso y puesto á la venta esta delicada comedia que con gran éxito se estrenó en el teatro de Arte, en Junio de 1908 y se representó muchas noches en el Teatro Romea durante el mes de Agosto del corriente año.

La fiesta de la sangre, novela de Isaac Muñoz.—La personalidad de este notable escritor se afirma en La fiesta de la sangre de modo admirable. Es esta novela un cuadro de la vida mogrebina, palpitante de luz, de voluptuosidad y de sangre y martirio que fascina y cautiva con toda la fatalidad de una obsesión. La competencia de su autor excita el asombro y la envidia. Aquello está visto y sentido poderosamente. Es algo desfalleciente y feroz, contado con toda la belleza de los cantos moros, esas melodías incoherentes y sensuales que llevan en sus notas ráfagas de celo diluidas en nostalgias y enervamientos infinitos.

Go gle

El presente número de COMEDIAS Y COMEDIANTES contiene, además de la preciosa «Crónica» de Caramanchel:

El incendio de la Zarzuela, El club de las solteras, Doña Clarines, doble plana central, con retrato policromo de la hermosa tiple Emerita Esparza, El método Górritz, ¡Abreme la puerta!, El diablo con faldas, El acreditado Don Felipe, ueluyas de Doña Clarines y caricatura de Consuelo Mayendia y Emerita Esparza, por Robledano, cuatro planas de música de El club de las solteras y otros originales interesantes.

España futura.—Hemos recibido el número 14 de esta notable revista, cuyo sumario es el siguiente: La arquitectura romántica en Cataluña, Buenaventura Bassegoda; Agronomía tradicional, Rafael Comenge; Lecherías y queseñas en Alemania, Rivas Moreno; Temas de actualidad: Génova, Barcelona, Marsella, Juan Barro; Economía y Hacienda: Las cajas rurales; los gastos de la guerra; situación financiera mundial; informaciones financieras, comerciales, industriales y agrícolas, y Crónica política: Los bienes de la oposición, por Claudio Frollo.

REGALO de TAPAS

Para encuadrinar la colección de EL CUENTO SEMANAL

Siguiendo la costumbre establecida en años anteriores, á todos los que se suscriban durante el mes de Diciembre, por un año, á esta Revista, se les regalarán unas magníficas tapas de cuero con incrustaciones y relieves en oro, para encuadrinar la colección de 1909.

Las suscripciones pueden hacerse en esta Administración, Fuencarral, 90, ó en la librería de Francisco Beltrán, Príncipe, 16, al lado del teatro de la Comedia.

COLECCIONES ENCUADERNADAS DE

EL CUENTO SEMANAL.

Las colecciones de los años 1907 y 1908 elegantemente encuadrernadas en cuero, con incrustaciones de oro y en relieve, compuesta cada una de dos tomos, se venden al precio de

25 pesetas para Madrid y provincias
36 " para el extranjero

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Desde primero del corriente se admiten suscripciones, pedidos de números atrasados, de colecciones encuadrernadas, de tapas y toda clase de reclamaciones, en la nueva librería de F. Beltrán, situada en la calle del Príncipe, núm. 16, al lado del Teatro de la Comedia.

UNA EVA MODÉRNA

Para la notable escritora
peruana Clorinda Matto de
Turner.

I

—Sí lo creo firmemente; debías revelar á tu marido ese estado de alma. Antonio apartaría á su amigo de tí, y no viéndole, te curiaría de un amor que puede causaros serios disgustos.

—Parece imposible que mi prima, á quienquiero como á una hermana, sea la que me aconseje de tal modo.

—Fuera grandeza de alma, y á ti te seduce lo extraordinario.

—No concibo tan salvaje heroísmo, Mercedes, y te aseguro que no temblo por mí, temo por mi marido.

—¿Por qué turbar su tranquilidad? ¿Por qué envenenar su vida?

—Más graves son las consecuencias de ese afecto, que, aunque naciente, crecerá, dado tu temperamento.

—Lo que me propones es una cobardía. Tengo entereza para defenderme sin búsquedas paladin.

—¡Ay Luisa! Tus palabras son sofismas del sentimiento.

—No, Mercedes; tu consejo me recuerda una novela de Madame La Fayette. La princesa de Cleves, en un arranque que supone honrado, y que á mí paréceeme brutal, revela á su marido su amor á Nemours. ¿Y sabes lo que consigue? Destruir la tranquilidad del compañero de su vida. El marido, obsesionado por la revelación, no tiene momento de reposo. Agitase convulso, pensando en que su mujer pueda cansarse de ser leal y le engañe; la duda le atenaza, prodúcele insomnio, desequilibra su sistema nervioso, créale una melancolía invencible, un estado patológico que la ciencia médica no sabe curar. El atormentado marido muere destrozado por la duda.

—Piensa que tu caída será inevitable.

—Calumnia al ser humano. Si al sentir un

afecto ilegítimo hemos de ser arrollados por él, menguada idea tienes del poder de la razón.

—¡Ay Luisa, nuestra naturaleza es débil!

—No lo creas.

—Sí, prima; el considerarnos fuertes nos acerca más al abismo. La razón que invocas encuentra inconscientemente supercherías para defender la sin razón de lo que te halaga.

—El amor ha tomado en mí la plaza por asalto; yo no he capitulado. Como tú te casaste con el hombre que amabas, te es fácil convertirte en moralista.

—Ya te veo dispuesta á invocar el argumento del sacrificio que hiciste por salvar á tu padre de la ruina.

—Te equivocas; no pretendo aducir tal cosa en mi defensa, ni tampoco el no ser comprendida por mi marido, como hacen las heroínas de novela cursi. Antonio no es malo; es un ser del montón, criatura para quien la existencia no tiene más objetivo que los deportes y el casino. Es un hombre abúlico, indiferente á la vida del espíritu.

—Tu instrucción os aleja. Mientras tú estudiabas el bachillerato, yo me divertía, y no me arrepiento.

—La iniciativa de mi padre por la cultura femenina, no fué imposición; satisfizo aspiraciones mías.

—Pienso que mi tío te perjudicó; familiarizado con la instrucción de la mujer francesa, no calculó que en España debía adaptarse al medio ambiente. Ya sabes que cuando aquí adquiere una joven fama de instruida, dificultase su casamiento.

—¡Qué tal serán los que buscan mujer ignorante!

—Déjate de filosofías, hay que aceptar los hechos como son.

—Sin embargo, el desamor de Carlos á María consiste en que la encuentra muy inferior á él.



—Pudo conocerla antes de casarse.

—Le deslumbró la belleza; á los veinticinco años habla más alto la materia que el espíritu.

—Y hoy se deslumbra con tu cultura, acaso porque no eres su esposa. Nuestros hombres, cuando son ilustrados, quieren á su mujer ignorante, y buscan á la instruida en el huerto del fruto prohibido. Además, Carlos, abogado, artista, orador, poeta, es sér excepcional; su espíritu tiene exigencias que no tienen otros hombres. Poeta, sobre todo poeta; esto es lo grave. Los poetas son encantadores en sus libros, pero insoportables en el hogar. Quieren hacer de la vida una epopeya (como dirías tú), y al no conseguirlo, vuélvense ariscos.

—No digo que se convierta el vivir en concierto de gesta, pero si no sabemos alzarnos un poco sobre lo vulgar, nuestras facultades anímicas se asfixiarán en mafítico ambiente.

—Te repetiré lo que dice mi marido: eso son floreos retóricos.

—No podemos entendernos.

—Yo estoy en lo real.

—¿Acaso en la realidad no hay rosas y cardos? ¿Por qué buscar éstos en vez de aquéllas?

—Pero nos alejemos de lo importante; Carlos

no tiene motivos para desdellar á María; es una mujer muy buena, una mujer que le adora.

—Es preciso ser algo más que buena; tú lo has dicho: el sér espiritual de Carlos tiene exigencias. Figúrate á qué nivel se hallará la mentalidad de María, cuando ella misma es quien me hizo conocer la pasión de su marido.

—No es posible.

—Vaya si lo es.

—Explícame tan raro caso.

—El no se había atrevido á revelarme sus sentimientos más que con la mirada, pero desahogaba su pasión escribiendo versos, que rompía después de escritos. Una vez se olvidó de romperlos, los dejó en su despacho, cayeron en manos de María y me los trajo para consultarme qué debía hacer. Me pidió que la ayudara á descubrir á la desconocida Laura. Yo la convencí de que los poetas se tingan para sus trovas Lauras ó Eleonoras, que la musa que les inspira no es humana, y no sién-lo, no del e inspirar celos. ¿Sabes qué hizo María? Referirle á Carlos cuanto la dije. Así es que Carlos está enterado por su propia mujer de que conozco su amor.

Sostenían tan animado diálogo las dos damas, conducidas en elegante carroaje por el paseo

de Rosales, único de Madrid que ofrece á la contemplación de la mirada paisaje pintoresco. La cordillera del Guadarrama, que se recorta en crestería de nevado encaje, festoneada de azul, forma dosel al parque del Oeste, que presenta, al ocultarse el sol, una de esas perspectivas de las que da intensa impresión de belleza Oscar Wilde, poeta de pluma rembranesca, cantor de paisajes crepusculares.

La tarde apacible de uno de esos días de Febrero, diáfanos, luminosos, que ofrecen anticipos primaverales, permitió á Luisa y Mercedes recorrer la Moncloa, hasta que el atardecer, con variados tonos de opalinas y carmineas tintas, dibujó caprichosos celajes que la primera hora nocturna envolvió en negros jirones.

Las mil luces de la Carrera de San Jerónimo, punto de cita, al regresar de los paseos, iluminaron las siluetas de las dos damas.

Luisa no era hermosa, era, como dicen los franceses, *pire que belle*: su fascinador encanto consistía en la móvil expresión de su rostro, en la gracia de sus actitudes, en el agudo fraseo de su amena conversación. De mediana estatura, figura gracil, elegante en su atavío, en sus maneras, con gran conocimiento de la sociedad, pasaba por mujer peligrosa. En su rostro, de líneas suaves, aunque no perfectamente correctas, alborreaba luz intelectual; en sus ojos, garzos, relampagueaban chispas mágicas de hechicera de serpientes. Su ondulada cabellera, de un cálido rubio veneciano, nimbaba una frente nacarina que solía rizar ligeramente el vigor del pensamiento más que la acción de los treinta años.

Mercedes, su prima, frisaba en los cuarenta. Morena, de obscura cabellera, distingüíase por su aspecto señoril. Poseía inteligencia clara, no cultivada. Mujer de sentido práctico, de gran rectitud, no aceptaba distingos casuísticos; aconsejaba á su prima tratando de evitar lo que consideraba amoral, germen de infortunio, pero era benévolas, como lo son las mujeres inocentes; sólo las de historia manchada tienen para las otras mujeres una severidad que no han tenido para sí mismas.

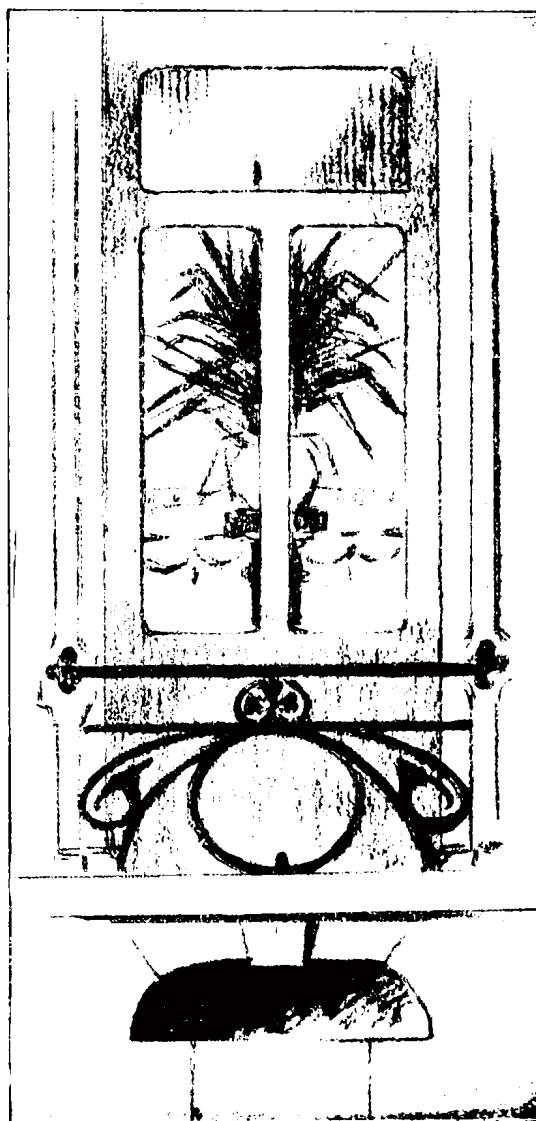
II

Artístico *boudoir*, tapizado de azul, transparente al través de blanco *stort* en el cuarto bajo de suntuosa casa de la calle de la Lealtad.

Los postigos, mal cerrados, permitían al transeunte incompleto curioso. Una planta de amplias hojas, fulgurando con sus flores de luz desde un tibor de mayólica, erguido sobre dorada columna, iluminaba, en unión de un foco eléctrico del copete del espejo de la chimenea, aquella habitación, cayendo los rayos de luz sobre cuadros de Goya y de Ribera, sobre otomana sillería, coqueta escritorio de nogal y capricho-

sa vitrina en forma de litera, que guardaba figuras de Tanagra, ánforas etruscas, páteras áticas, una estíngue y algún fragmento egipcio, que debió pertenecer á obelisco monolítico.

Los objetos de la vitrina eran manifestación de gustos artísticos y arqueológicos; afición al



conocimiento de lejanas civilizaciones, entusiasmo por lo que fué, por lo pasado, muy á la moda entre espíritus cultivados, porque hoy lo más moderno es la afición á lo antiguo.

Cómoda *chaise-longue* estilo Imperio y mullido diván oriental, con profusión de almohadones de distintos tamaños, delataban coquetería y afán de bienestar de elegante dama.

Una redonda mesita giratoria, mesita-estante cargada de libros, colocada ante el diván, completaba con pequeño *bis à bis* el mobiliario de la habitación. Era el *boudoir* de Luisa, la señora del opulento hacendado Antonio Barolt.

En la mesita-estante veíanse hacinados libros



que descubrían el espíritu moderno de la poseedora de ellos. Erau obras feministas de Bebel, Stuart Mill, Rosler, Novicow, Minghetti, Lumy Legouvé y Bois. Entre éstas aparecían opúsculos de Teresa Labriola y Olga Lodi, esas dos italianaas que tan incansablemente luchan por la mejoría de la suerte de la mujer, y algunas conferencias de Marya Chéliga, Margarita Durán, mademoiselle Schemmell, Dik May y Clemencia Koyer. También había novelas de Marcela Tynaire, Matilde Serao, Gracia Deledda, Dora Melegari y madame Adam.

Luisa leía estos libros en el idioma en que los escribieron sus autores; su cultura permitíala hacer del arte y la literatura fiesta del espíritu. Era una intelectual que, no encontrando atracción en el visote á que son tan aficionadas las mujeres ignorantes, dedicaba su tiempo á la lectura y á la contemplación de obras artísticas esparcidas por pinacotecas y museos.

Había convertido en precepto esta frase de Cristina de Suecia: «¡Dijo viene la lectura para instruirse, corregirse y consolarse!»

Luisa recibió educación estética; era una revisor de claro criterio, libre de rutinas y prejuicios, un ser que se adaptaba á los ideales del progreso, un espíritu abierto á reformas e innovaciones. Su decisión e iniciativas hacia la dirigir: es aconsejaba la mujer fuerte de un futuro Evangelio.

Las muere de la noche sonaron en el artístico

reloj de la chimenea. Luisa hallábase tendida en la *chaise-longue*, leyendo la *Philosophie de l'Art*, de Taine. Un criado interrumpió su lectura, diciendo:

El Sr. Lavistal.

Entró un caballero alto, de moreno y oblongo rostro, ojos negros, de mirada audaz, aspecto caballeresco, vestido con esa natural, masculina, sencilla desatención que recomienda Brummel, árbitro de las elegancias. Representaba cuarenta y cinco años.

Luisa tendióle la mano sonriendo.

- ¿Qué leía usted?

La dama acercóle el libro.

- Es delicioso encontrar una española con quien poder comentar el concepto estético de Ruskin y Taine.

Con muchas podría ocurrir lo mismo si todos los hombres pensaran como mi padre. El me despertó el afán de saber, pero la mayor parte de nuestros hombres opinan, como Moebius, que la mujer debe ser sana y bonita, por eso no se cultiva la inteligencia femenina.

Hacen muy mal los que se oponen á la cultura de la mujer; no conocen su propio interés. La comedia del matrimonio tiene largos entrecortes, y una mujer insustancial no puede amenizarlos.

Sin embargo, los hombres prefieren generalmente á la mujer ignorante, porque la ignorancia de ella les diviniza.

No comprendo qué pueda halagar la admis-

ración de los pájaros. Yo anhelo brillar en el Congreso por merecer elogio de usted. Ese sería mi bien supremo. Una mujer vulgar no me inspiraría tal deseo.

—Voy á ofrecerle ocasión de hacer algo grande en favor de mi sexo.

—¡Qué felicidad!

—Uno de los problemas que más agitan el pensamiento contemporáneo es el feminista, síntesis de varios problemas. Presente usted en el Congreso una enmienda á algunos artículos del Código, que nos perjudican.

—Acepto, entusiasmado, pero fíjemonos en lo más urgente, porque un Código no se reforma tan de prisa.

—Es verdad; lo más importante es la independencia económica de la mujer. La rica, que pueda administrar su fortuna, la pobre, disponer del producto de su trabajo.

—Estamos de acuerdo; es incomprendible que en España, donde la abolición de la ley Sálica costó derramamiento de sangre, carezca la mujer de capacidad legal.

—Verdaderamente; es cruel ironía que nos denominen diosas del hogar y no nos permitan figurar en el consejo de familia.

—Estoy dispuesto á proclamar que la mujer ha sido explotada en la distribución de los derechos y deberes. Eternamente menor, moralmente esclava, inferior en el Código civil al varón, sólo es igualada á él en el Código penal, mientras no se trata de adulterio, pues al tratarse de éste, toda la benevolencia de la ley es para el hombre.

—Los Códigos son la ley del varón, y es preciso que sean ley de la humanidad.

—Tiene usted sobrada razón; nos regimos los pueblos latinos por el Código napoleónico, inspirado por un autócrata que despreciaba á la mujer.

—Sólo veía en nosotras máquinas para producir soldados.

—Nuestra época, más humana, más justiciera, está corrigiendo los errores de aquel déspota. No merecía centenario, no debía esperarse la glorificación de un Código que desagrada á la mitad de la humanidad.

—Por eso protestaron las francesas contra tal glorificación, quemando un ejemplar de la obra de que se enorgullecía el capitán del siglo XIX.

—Por fortuna, Magnaud, *el Buen Juez*, hállese al frente de la Comisión encargada de revisar el famoso Código, y las mujeres pueden esperar mucho de la equidad de Magnaud. Ya se ha borrado en Italia el artículo 213 del Código Napoleón.

—¿Qué artículo es ese?

—El que declara la sumisión de la mujer al marido y la protección de él á la esposa.

—¡Qué absurdo! Esa protección permite mil iniquidades al hombre. Yo sabemos cuál es la protección del fuerte al impenso. Es preciso que

usted, diputado batallador, conquiste nuestra independencia legal.

—Con una Egeria cual usted, me creo un Numa. ¡Qué encantadora es la asociación del pensamiento con la criatura que satisface nuestro espíritu. He pasado los más hermosos días de mi vida esperando á una mujer que no llegaba; renuncié á la dicha de encontrarla, pero ¡oh sorpresa! Esa mujer ha llegado. Véola coronada con la resplandeciente aureola con que aparecía en mis ensueños. La primavera de mi vida se difuminó sin gustar la felicidad; he vivido solo, sin entender á mis íntimos ni ser entendido por ellos. Usted ha cruzado en mi camino como ilusión real, como quimera personificada, y puede dejar en mi existencia armonías y fragancias. Al encontrarme con un sér que sabe poetizar el vulgar vivir, vuelvo de nuevo á la vida. La mujer soñada llegó: ha llegado, me dicen voces misteriosas del corazón; ha llegado, repito yo, haciéndome eco de ellas, inconscientemente, como un ciego que abriera los ojos de repente y gritara: luz, luz. Me duermo acariciando el recuerdo de usted; al despertar, creo haber soñado; pero contemplo su retrato, y su inteligente rostro me da la visión real, haciéndome estremecer de contento.

—Nos hemos conocido tarde.

—Ese pesimismo no es digno de usted; los fuertes lo rechazan porque saben crearse nueva vida. Para la dicha no existe el tiempo.

—Los dos estamos encadenados.

—El espíritu no puede encadenarse; el nuestro es libre. Para una mujer de la poderosa voluntad de usted, no hay diques. El amor es más fuerte que los lazos creados por los hombres. No es usted tipo de mujer cobarde.

—Estoy dispuesta á defenderme de este naciente afecto, porque si lo dejara apoderarse de mí, debilitaría el cariño á mi hija.

—¿Qué le falta á *Nina*? ¿No tiene su institutriz?

—Creo que la he buscado sin darme cuenta, por verme más libre, y al advertirlo confusamente me avergüenzo. Por eso quiero alejar á usted de mí, y en este rechazo no hay humillación para su amor propio.

—Entre nosotros no caben ofensas de amor propio, no hay vencido ni vencedor; es el amor quien nos vence. Bendito sea; ha rozado con sus alas nuestras almas y canta victoria.

—Sólo podemos encontrar en el cáliz del amor amargos sedimentos. Para nosotros no hay más que dolor en ese afecto.

III

Te aseguro, Mercedes, que mi resolución de alejar á Carlos era sincera, pero él no entendió mi carta y ha vuelto.

—Y tú, ¿has visto con alegría que no te entendiera, ó más bien que no quisiera entenderte?

—Es verdad. Mi carácter debe parecerle desigual, porque, realmente, mi cariño á Carlos fórmase de contradicciones. Yo, antes tan atrevida, siento ante él timideces de colegiala. En mi sérvil libran formidable combate el pudor y la pasión, el pudor, vergüenza de las almas castas. El sentimiento toma formas muy extrañas en mí. Parécesme ilógico cuanto me sucede, y es que no hay que buscar lógica en mi perturbador afecto. Mi estado de espíritu no cristaliza en forma fija. ¡Qué complejidades tiene el amor! No es más grande cuando nos sorprende en la edad temprana, aprovechando el sueño de la razón, sino cuando nos subyuga en el otoño de la vida, recibiendo la sanción de nuestra mente. Entonces su incommensurable poder domina todas las facultades afectivas y sensitivas, y escudado en su fuerza, destruye argumentaciones contrarias á él, rechaza cuantas leyes se le oponen.

Y lo raro es que las penas de amor, lejos de atrofiar el corazón, hácenle palpitá con más fuerza. ¡Qué importa el sufrimiento, que es vida, si evita el tedio!

Cuando el amor acaba, ha dejado de vivir la criatura; su aparente existencia no es más que galvanismo.

—Estás enferma, primita.

—Sí que lo estoy; ríete, Mercedes.

Al adivinar Carlos que le quería, sentí rubor; hoy, que ha sospechado mi temperamento, siento indignación contra mí misma. No puedes calcular mis esfuerzos para que no me conozca. Procuro mixtificarme, apareciendo fría para ocultarle mi sérvil fisiológico. Apago los rugidos de la bestia humana con frases espirituales, y, á pesar de ello, temo verme descubierta. Una ola de fuego abrasa mi corazón y mi cerebro. El amor es espiritual mientras se halla en la infancia, pero dolorosa experiencia me enseña que al llegar á su mayor edad se hace impetuoso, ardiente, derrumba barreras platónicas.

—Ya te lo indiqué.

—Quería espiritualizar la materia, y veo que se va materializando mi espíritu.

—Lo temía.

—Estoy triunfando de mí misma todos los días, siempre que Carlos acaricia mi mano y la retiro, siempre que jueguea con las cintas de mi bata y me separa.

—Veo que tienes por puente levadizo una cinta de seda.

—Es cinta muy larga.

—Hemos de convenir en que tu escudo es de raso.

—No seas guasona.

—Soberbia trinchera.

—Veo que estás de buen humor.

—Te parapetas tras los tenues hilos de sedoso tejido. Buena fortificación, gran baluarte.

—Mi situación no es para bromas. Me expando contigo, porque sólo á ti puedo revelar mis dolores. Siento algo, contra lo que protesto: hervores de la sangre, palpitations en las venas, punzadas en el corazón. Algo que no puedo definir.

—Me lo explico fácilmente.

—Yo no.

—Nada más fácil: es la materia, imponiéndose al espíritu.

—Buscaré el triunfo en la voluntad.

—El mejor remedio es volver la espalda al enemigo. La huída es la victoria.

—No hay gloria sin combate. Ahora estoy más segura desde que ha venido Antonio.

—Acaso es peor esto.

—¿Por qué?

—La necesidad de hablarlos sin testigos pudiera llevarte más lejos, porque os abrasa el mismo fuego.

—Nos hablaremos en los teatros y reuniones. Yo no iré nunca á una cita.

—Temo tu cambio de resolución. Vuestra veherencia tiene que ser mayor, porque vuestro amor no ha sido satisfecho.

—No debiera apurarse nunca la copa del placer para que no languideciera el amor. El amor es triste como el abismo, como la muerte.

—Es peor que eso, Luisa, porque es mendigo importuno que pide imperiosamente y hay que darle.

—En mi resistencia encuentro más voluptuosidad que en la dulce fragilidad de otras mujeres.

—Denominas dulce á la fragilidad con gran delectación.

—No es culpa mía. Cruel sarcasmo el de mi contextura; tengo temperamento de fuego con ideas de Lucrecia. Muchas noches desperté llorando, porque la lucha del día me persigue en sueños; padezco convulsiones. Siento un infierno dentro de mí.

—Puedes curarte de ese estado; no vuelvas á ver á Carlos.

—Las penas que causa el amor son tristes placeres, pero placeres al fin. Esas penas nos libran del aburrimiento, tormento superior á los más formidables. Hay deleite en algunos sufrimientos. Los primitivos cristianos buscaban el martirio.

—Padecían por un Dios.

—¿Quieres dios más universal que el amor? Sus mártires voluntarios cuéntanse por legiones.

—Eres incurable. Pero, hablando de otra cosa, ¿ha presentado Carlos la enmienda á los artículos del Código que perjudican á la mujer?

—Le dicen los amigos que han de apoyarle, que es prematura tal iniciativa, que antes hay que hacer opinión favorable á la idea en la prensa.

—Yo nunca me había ocupado en estas cosas;

pero desde que te oigo hablar de ello, he pensado en que tengo tres hijas y que me conviene lo que proyectáis.

—Ha pocos días, un grupo de liberales pidió el derecho de la mujer al voto.

—¿Y cuál fué el resultado?

—Se denegó por gran mayoría. Pero sólo el que haya sido propuesto es un avance. Dicen que no está preparada la conciencia política de la mujer, pero tampoco tiene educación política el deshollinador, y vota.

—¿Qué se ganaría con el sufragio femenino?

—Llevar á las Cámaras defensores de nuestros intereses. Pretendemos que la mujer sea electora no elegible: los cargos políticos para el hombre. Pediremos los administrativos.

—Os dirán que siempre ha vivido la mujer fuera de ese ambiente.

—Acaso debe perpetuarse la injusticia porque cuente siglos de existencia? La mujer ha de ganarse el sustento porque, como el hombre, tiene derecho á la vida.

—Añadirán que la mujer no debe salir del hogar.

—Bien sale para ir á la fábrica, al taller, á las minas; lo que se le regatea son los empleos intelectuales. Es inútil que argumenten con la tan cacareada debilidad, porque en los muelles las cargadoras actúan de gruas.

—Magna es vuestra empresa.

—Hay que luchar por lo difícil.

—¿Crees en el triunfo de esos ideales?

—Nuestra generación no lo ha de ver; entre nosotros cuesta trabajo arrancar la corteza que envuelve rutinas tradicionales, demoler lo caduco, lo arcaico. Somos misoneistas: si seguimos estacionados, España no será más que museo arqueológico, panteón de glorias, la última trinchera de la tradición.

—Procurad que no ocurra aquí lo que cuentan los periódicos de las sufragistas inglesas.

—Aquellos fué espantoso. Nos ha hecho retroceder en la opinión. La violencia no es buena en nada. Hay que ir lentamente en las reformas. Para que se acepten los nuevos ideales, deben rodearse de respeto.

—Se pusieron muy en ridículo aquellas mujeres de Londres.

—Eso es lo grave: chillaron como furias, parecían euménides.

—¿Qué imprudentes!

—Dieron un espectáculo capaz de desacreditar la más sacrosanta de las causas.

—Creo que un policía, para acabar discusiones, cogió á una sufragista y la levantó en alto.

—Sí, y al ver herida su dignidad enmudeció de soberbia; cuando la dejó en el suelo quedó inmóvil como una estatua. Estaba anonadada; á diferencia de Anteo que al tocar la tierra adquiría nuevas fuerzas, en ella se paralizaron.

—¿Y qué hicieron sus compañeras?

—Apedrear á los guardadores del orden.

—¿Qué escándalo!

—Eso no es feminismo, es histerismo. Los feministas sanos son sensatos; en la patología social hay muchos exaltados que por falta de cordura mixtifican los más nobles propósitos. Muchas doctrinas son tan desfiguradas por los sectarios, que el iniciador de ellas no las conocería.

IV

Nina, la hija de Luisa, una preciosa chiquilla de gran precocidad intelectual, y sólo nueve años de edad, hallábase en el cuarto de las muñecas charlotteando con ellas.

Su madre, dispuesta para salir á la calle, al



ir á darle el beso de despedida detuvose escuchando la extraña garrulería.

—Mira, *Lulú*, decía la chicuelo, si eres mala te pondré una institutriz tan cargante como *Mademoiselle* y saldrás siempre con ella; no es moda que las niñas paseen con sus mamás.

No tendrás amigas, porque tu *Mademoiselle* no lo consentirá y te fastidiarás, como yo, que sólo me deja jugar con los chicazos que acompaña *Miss Lelia*, esa amiga suya que le dice que tiene dos maridos, uno pobre y otro rico. Si eres buena tú también tendrás dos maridos; pero los dos ricos.

Si me desobedeces te buscaré una Mademoiselle tan tonta como la mía, pues cuando la dicen guapa, no oye ni ve venir los automóviles.

Luisa entró en el cuarto de las muñecas y acarreando la rubia cabellera cascada de bucles que

—No, no, vida mía, que no te lo explique ella; ya te lo explicaré yo.

—Lo prefiero. Tú me contestas á todo lo que te pregunto y ella á veces no sabe contestarme. El otro día en el Retiro of decir á una mamá, de



saltaba sobre el trajecito azul de la niña, dijola:

—Así, así Nina, todo lo que te pase cuéntaselo á las muñecas. ¿Quién ha vestido á Mignon en traje de novia?

—La costurera. Mademoiselle le puso la corona de azahar y me ha dicho que me explicará lo que significa esa flor.

esas mamás pobres que acompañan á sus hijas á paseo: Ven alma mía. Pregunté á Mademoiselle: ¿Qué es alma? Y me dijo que las niñas no deben hacer preguntas. ¿Es verdad, mamita, que es feo preguntar?

—No, hijita, las niñas deben preguntar mucho, porque lo ignoran todo.

--Pues bien, dímelo tú.

—Escucha; una niña pequeñita, más pequeña que tú, pues sólo tenía siete años, hizo esa misma pregunta á su mamá, y ella la dijo: El alma es un lugar donde existen los deseos de lo que más nos gusta, las esperanzas de lo que anhelamos alcanzar, el recuerdo de lo que nos ha conmovido, lo que nos alegra ó tristece, el sentimiento que nos causa la falta de cariño de los seres más queridos.

Y la niña la interrumpió, exclamando:

—Ya lo entiendo; con el alma es con lo que yo te quiero.

—Yo, mamita, te quiero con todo mi corazón, y es quererte más, porque al corazón le oigo y al alma no la oigo ni la veo.

—El pensamiento, hijita, es el órgano del alma, como los sentidos son el órgano del pensamiento. El alma es un poder, como es el corazón una fuerza.

—Pero si no se ve el alma, ¿cómo sabes que existe?

—Tampoco conocemos los fenómenos eléctricos y ya ves que la electricidad alumbría nuestra casa y el palacio de tus muñecas. El alma no se toca, pero tampoco pueden palparse el sonido el color y el perfume.

—Entonces el alma es el perfume de la flor. ¿Verdad, mamita?

—Perfectamente.

—Pero, dime, ¿y las flores que no tienen aroma?

—No tienen alma; también hay criaturas que carecen de ella.

—¿Quiénes son esas?

—Son varias, querida curiosilla. Los idiotas no tienen alma, ó la tienen inferior, que equivale á no tenerla.

—Ah, ya, el idiota que pide limosna en San Pascual no tiene alma, ¿verdad?

—No, no la tiene, pero hay otras personas que no van astrosas, como el viejecito á quien das limosna, otras personas muy bien vestidas que tampoco tienen alma.

Y basta por hoy, que voy á un taller de caridad para entregar ropita para niños huérfanos. ¿Qué hace Mademoiselle que no te lleva á paseo?

—Está acabando de vestirse.

—Voy á ordenarla que te saque más temprano todos los días, porque quiero que estés mucho tiempo al aire libre. Me tiene disgustada su comportamiento; no envejecerá en mi casa.

Nina quedóse colocando macetitas en la *serre* del palacio de sus muñecas, edificio de dos pisos, en el que enlazábanse con gracia eurítmia los órdenes dórico, jónico y corintio, formando un caprichoso estilo compuesto, de gran elegancia, en el que dominaba la hoja de acanto para la ornamentación.

Dos habitaciones contiguas al cuarto de las muñecas, tapizadas de blanco, con muebles á la inglesa, servían de tocador y dormitorio á Ni-

na, no lejos de las habitaciones de su madre y al lado de las de la Institutriz.

V

Luisa se apeó del coche ante un hotel del paseo de la Castellana. El lacayo adelantándose por la escalera de servicio, anunció á su señora y entregó á los criados un envoltorio.

Era la ropa que había cosido para el taller de caridad que presidia su amiga María, la señora de Lavistal, en cuya casa se reunían los miércoles las asociadas.

María la salió al encuentro, exclamando efusivamente:

—¡Qué tarde vienes, queridiña!

—Nina me detuve.

—Ya se ha leído el acta de la sesión anterior y se han presentado los nuevos proyectos.

—Contáis con mi adhesión en todos los casos.

La señora de Lavistal, una gallega ingenua, desconocedora de la farsa social, había tomado en serio, sin fatigadas, el cargo de presidenta que le confirieran sus amigas, ansiosa de realizar obra benéfica.

Admiraba á Luisa reconociéndola superioridad intelectual; quería sinceramente, porque la admiración es amor.

Luisa sabía hacerse querer; la vida más íntima es siempre la que engaña mejor.

Era la señora Lavistal hermosa figura, un fino de Rubens, de formas demasiado opulentas. Su rostro de armónicas, rectas líneas, tenía expresión juvenil aunque en sus cabellos brillaban algunos hilillos plateados que denotaban la mujer de cierta edad, como decimos precisamente cuando su edad es dudosa.

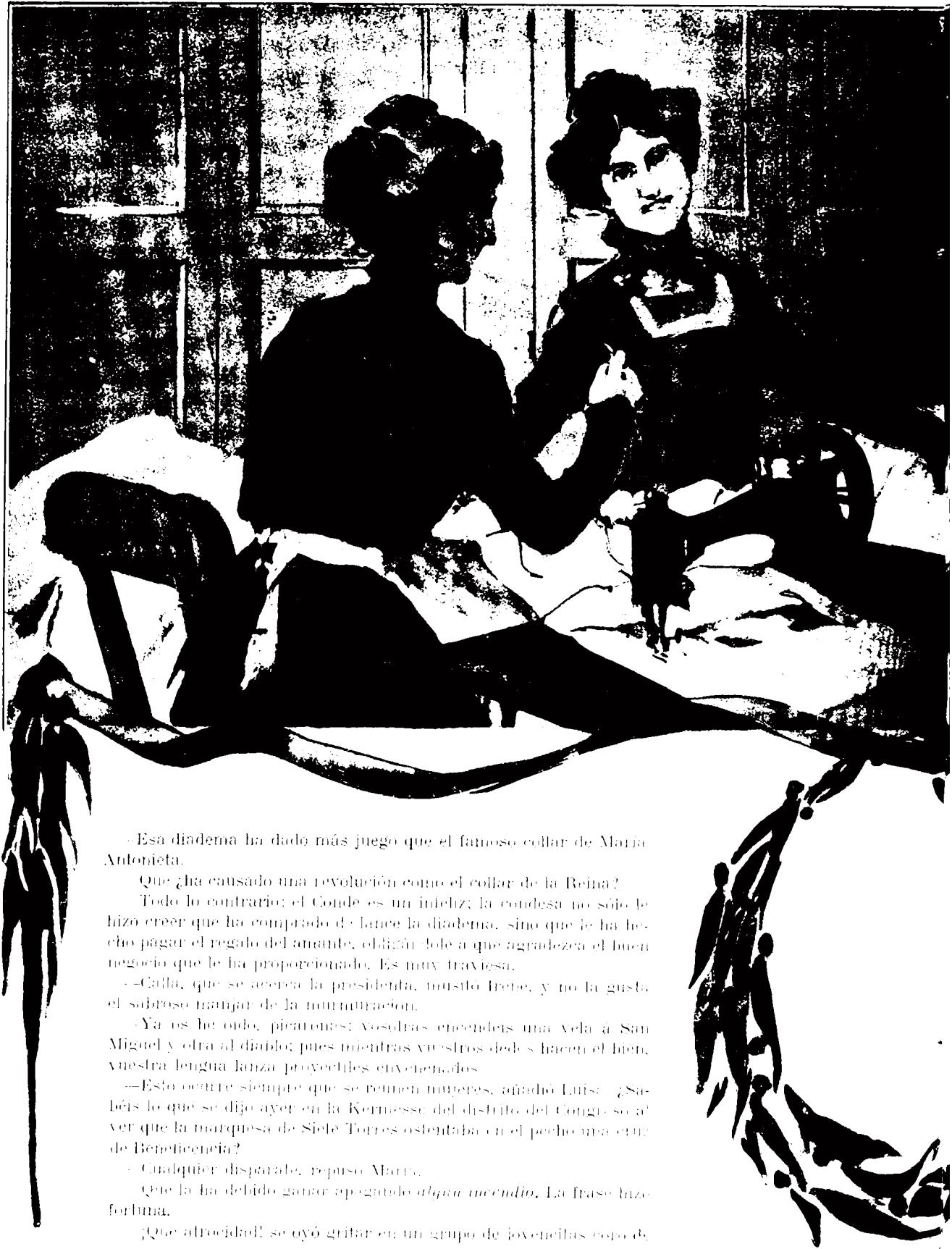
El desenudo de los blancos cabellos y la región abdominal algo protuberante, reveladora de la falta del corsé recto, indicaban carencia de coquetería femenil, y hasta descuido en el atavío.

Entraron en el taller de caridad que tenía en el centro amplia mesa en la que se mezclaban alfileros, dedales, acericos, tijeras, con carretes de hilo, lana y seda. Cubrían los muros de la habitación grandes estanterías de casilleros marcados con letras del abecedario, que indicaban, para mayor facilidad, las prendas que cada casillero contenía.

Si la señora de Lavistal trabajaba de buena fe, no á todas sus consocias ocurríalas lo mismo. Muchas de ellas reuníanse para matar el tiempo, ese tiempo que tanto pesa á los desocupados, que tanto abruma á las personas frívolas.

Oígamos las conversaciones de un grupo de muchachas que mientras cosían para las pobres, descosían á las ricas.

—Irene ¿en qué quedó lo de la diadema de esmeraldas? Decía una rubia delicada como Ofelia, á una muchacha de tipo goyesco.



—Esa diadema ha dado más juego que el famoso collar de María Antonieta.

—Que ¿ha causado una revolución como el collar de la Reina?

Todo lo contrario: el Conde es un infeliz; la condesa no sólo le hizo creer que ha comprado de lance la diadema, sino que le ha hecho pagar el regalo del amante, obligándole a que agradezca el buen negocio que le ha proporcionado. Es muy traviesa.

—Calla, que se acerca la presidenta, instó Irene, y no la gusta el sabroso manjar de la maternidad.

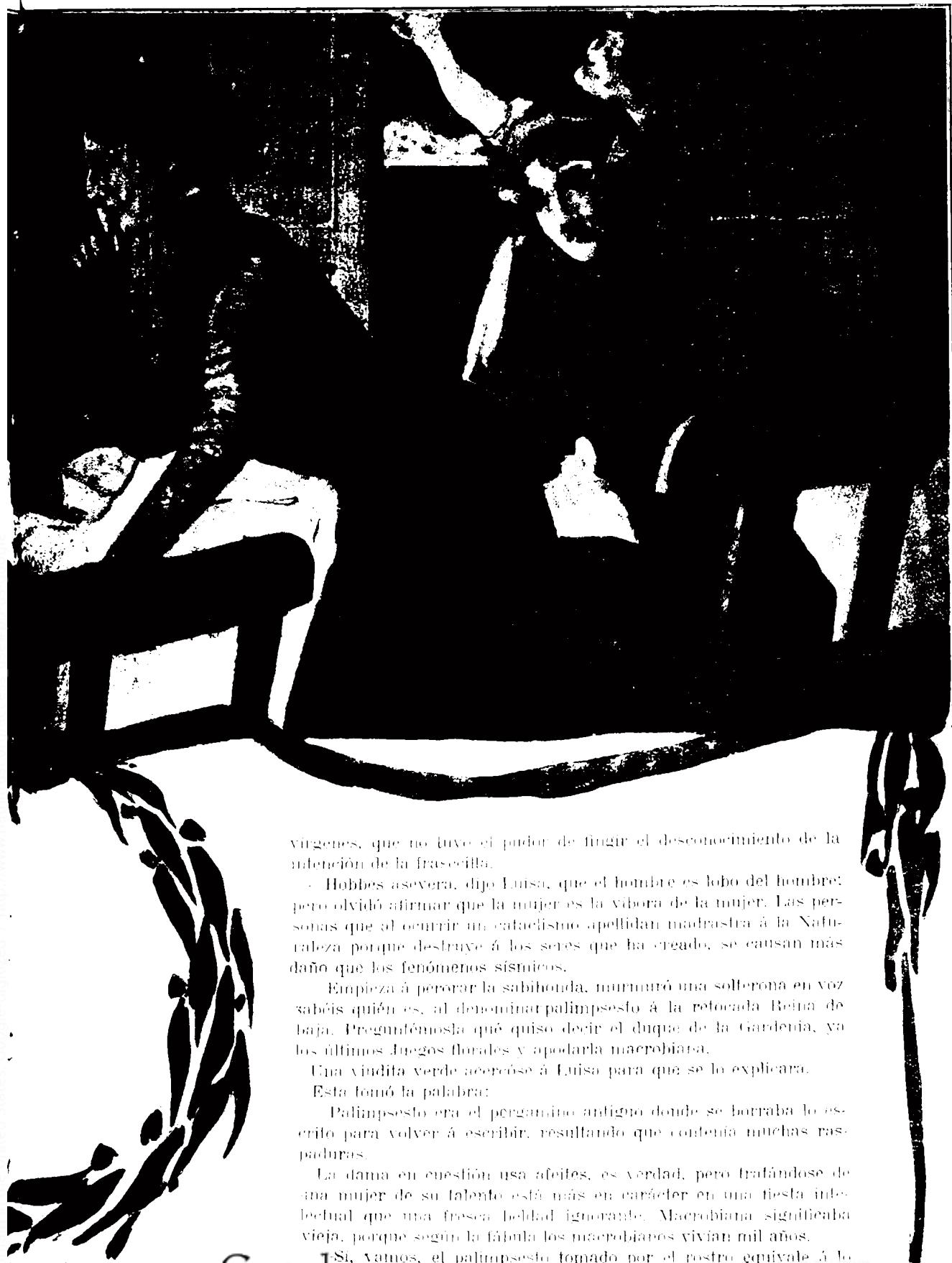
—Ya os he oido, piéntense; vosotras encendeis una vela a San Miguel y otra al diablo, pues mientras vuestros dedos hacen el bien, vuestra lengua lanza proyectiles envenenados.

—Esto ocurre siempre que se reúnen mujeres, añadió Luis. —Sabeís lo que se dijo ayer en la Kermesse del distrito del Congreso, oíver que la marquesa de Siele Torres ostentaba en el pecho medalla de Beneficencia?

—¡Cualquier disparate!, repuso Muriel.

—Que la ha debido ganar rogiendo *alguna incendio*. La frase hizo fortuna.

—¡Qué atrocidad! se oyó gritar en un grupo de jovencitas corpulentas.



virgenes, que no tuvo el pudor de fingir el desconocimiento de la intención de la frascilla.

— Hobbes asevera, dijo Luisa, que el hombre es lobo del hombre; pero olvidó afirmar que la mujer es la víbora de la mujer. Las personas que al ocurrir un cataclismo apellidan madrastra á la Naturaleza porque destruye á los seres que ha creado, se causan más daño que los fenómenos sísmicos.

Empieza á perorar la sabihonda, murmuró una solferona en voz sabéis quién es, al denominar palimpsesto á la retocada Reina de baza. Preguntémosla qué quiso decir el duque de la Gardería, ya los últimos Juegos florales y apodarla macrobiata.

Una vindita verde acercóse á Luisa para qué se lo explicara.

Esta tomó la palabra:

Palimpsesto era el pergaminho antiguo donde se borraba lo escrito para volver á escribir, resultando que contenía muchas raspaduras.

La dama en cuestión usa aceites, es verdad, pero tratándose de una mujer de su talento está más en carácter en una tiesta intelectual que una fresca belleza ignorante. Macrobiata significaba vieja, porque según la fábula los macrobiatos vivían mil años.

— Si, vamos, el palimpsesto tomado por el rostro equivale á lo

que los franceses denominan artillería de Cupido, objetó la viudita. Es el esfuerzo, los ardides empleados por una mujer que ya no es joven, y todavía no es vieja, para ocultar el secreto que guardamos mejor, el de nuestra edad.

—Es lícito, no hay que censurarlo, repuso Luisa. Todas las mujeres quisieran gozar como Hebe de eterna juventud.

—Por eso, chillé la solterona, algunas se lo tienen todo, hasta la partida bautismal. ¿Verdad Luisa?

—Defensa justificada; sabido es que la mujer muere dos veces, la primera al dejar de ser bella. No debe sorprender que la mujer de cierta edad, ó sea de edad dudosa, despliegue gran batería de campaña para defenderse contra la cruel mano del Tiempo, que hace con el sexo hermoso lo que los soldados de César con los pompeyanos: *apuntar al rostro*. El poder de la *artillería de Cupido* lo conocían ya, Aspasia en Grecia, Helena en Esparta, la princesa de Eboli, encanto del trío Felipe II, la princesa de los Ursinos, ídolo de Felipe V, la duquesa de Valentinois, que tenía hechizado á Enrique II á pesar de doblarle la edad, y muchas otras.

En modernos tiempos Mme. Draga Maschín fué llevada al altar por el rey de Servia contra la voluntad del Consejo de ministros, gracias al arte del aceite. Satisfecho argumentaba el soberano: «Decís que mi novia cuenta cuarenta años, miradla y miradme. Ella tiene rosas primaverales en las mejillas y yo nieve en los cabellos. Nada supone la edad.»

Realmente una mujer es joven mientras inspira amor, qué importa que se valga del arte para inspirarlo. Pero basta de filosofías ligeras.

—Observo, niñas, que habéis trabajado poco, dijo la presidenta. Luisa os distrae con su interesante conversación.

—Yo no tengo la culpa, María. Cree que vengo aquí en miércoles por no desairarte, pero no me gusta la caridad colectiva, reglamentada. Para ejercerla no hay que agremiarse. Detesto la kermesse en donde se dá el dinero por vanidad, con aparatoso exhibición. Parécenme absurdas las corridas de toros de beneficencia, porque para auxiliar á los necesitados, se expone la vida de hombres, lo cual es inmoral, se maltrata á los animales, lo cual es de pésimo gusto. En suma, se da una fiesta bárbara, pagana, en nombre de la caridad cristiana. ¿Qué idea puede una formarse de la humanidad, sabiendo que hay que halagar sus instintos egoístas, sus pasiones sensuales para hacerle soltar pesetas para el menesteroso, es decir, para que facilite lo que le sobra al que carece de todo. . .

La mayor parte de las asociaciones benéficas que organizan las mujeres es por figurar: á la burguesa le halaga codearse con la aristocracia, y aprovecha una ocasión que no encuentra en su círculo: á la noble, título de nue-

va emisión, le satisface ejercer cargos honoríficos, disfrutar de homenajes que no le han de prodigar las aristócratas de elevada estirpe. Cuando llega una provinciana á Madrid la dicen sus amigas que entre en sociedades benéficas para adquirir relaciones.

—Hágase el bien—añadió María—sin analizar sus móviles.

—Tienes razón, sin esos móviles no se haría. Pero no deja de causarme risa, entre otras cosas, que cuando se organiza alguna tómbola para allegar recursos en las catástrofes de la patria sea testimonio de patriotismo, de españolería, lucir mantilla blanca y un puñado de claveles rojos y amarillos. Es el único patriotismo de las que van á pedir para los damnificados; muchas no darían un duro si se prohibiera que figuraran los nombres de las donantes en las listas que se publican.

La entrada de Lavistal, terminó estas consideraciones.

Luisa, pensando en aquellas lenguas de catapulta, acercóse á María, hábilmente, tomando por escudo á la esposa de su adorador.

Invitándola al teatro, segura de que no había de aceptar, por falta de salud, quedó citado su amigo.

VI

El teatro Español estaba deslumbrador; celebrábase el beneficio de la Guerrero, con el interesante *Drama Nuevo*, de Tamayo y Baus, y habían acudido los admiradores de la gran actriz, la adorada sociedad que va á los teatros por exhibirse, escogiendo días de moda, estrenos ó beneficio de afamado artista. Pocos son en Madrid los que acuden á las representaciones teatrales buscando deleite estético.

Transcurrido el segundo acto, los caballeros empezaron á pulular por los palcos poniendo su vanidad en el mayor número de amigas á quienes temían que visitar. Favorecido de visitas, con disimulado disgusto de Luisa, veíase su palco.

Por fin salió su marido á fumar con un vecino de su cortijo de Andalucía. El marido de Luisa era uno de esos hombres que pasan inadvertidos en todas partes. Ni elegante ni desaliñado, sin nada que destacara en él, su persona como su carácter, incoloro, carecía de relieve.

Luisa y Lavistal quedaron solos en el palco.

—No la entiendo á usted, Luisa, decía Lavistal muy agitado. Para mirar á ciertas almas necesita telescopio. Usted, me rechaza y me atrae, es una nueva tela de Penélope la que está usted tejiendo.

Es usted, para mí más que el amor, porque es mi fe, mi esperanza, mi religión. En la hora más culminante de mi vida he encontrado una



Beatriz que puede guiarme hacia las más altas esferas.

—Lástima que ese *arrullo* del corazón no fuera eterno, Carlos.

—Lo es para las almas fuertes, la inconstancia es de seres débiles. Hay pasiones que son un talismán para el tiempo; lo vencen. Sólo el último amor de una mujer puede satisfacer el primero de un hombre.

Bendigo la hora en que conoci a usted: en otra existencia ultramontana yo entraré con el sagrado fuego del que ama y cree. Al conocer a usted, la poesía y el amor han celebrado bodas inefables en mi alma.

—Amémonos, sin que se evapore la esencia que contiene el vaso. ¡Es tan delicada! Amémonos como se ama a una ilusión, a la idea intangible, a la idea informe que adoramos los espiritualistas, profirió Luisa.

—No, no me arrojará usted del Paraíso después de haberme abierto la puerta de él. Había pasado la vida exclamando:

¡Ah!

la dicha que el hombre anhela,
¿dónde está?

y hoy digo:

¡Ah!

la dicha que yo he soñado
en ti está.

En las cartas de usted veo que su naturaleza se siente atraída hacia la mía con esa misteriosa fuerza de atracción con que el átomo se une al átomo. Toda la fortaleza de usted, toda su energía, toda su voluntad vénse destruidas por otro poder más fuerte, el del amor. Usted, enamorada del triunfo, sufre al verse vencida. La materia no puede despreciarse porque es obra del Divino Hacedor. El alma necesita de la materia, como la idea de la forma, la elocuencia de la palabra, la armonía de la nota, el color de la luz.

Estrechamente unidos el pensamiento sutil, puro, aéreo y la expresión humana, son como el eslabón y la piedra: faltando uno de ellos no brotará la chispa. En lo moral y físico el enlace es intenso, estrecho. Rechacemos lo burdo, lo grosero, medio ambiente en que viven los seres vulgares, pero en vez de rechazar por sistema la materia, que es como rechazar la vida por sistema, hagámosla digna de servir en todo al espíritu que aprisiona, armonicémosla con él.

Aceptemos la materia á condición de que sirva como un pretexto para que el alma permanezca en la tierra. No, Luisa, usted no puede dejar de pensar en mí; hay un fenómeno de telepatía que me lo asegura, y digo, extasiado, con nuestro gran poeta erótico:

«A mí te llevarán todas las sendas
y de mí te hablarán todos los ecos.»

Alzóse el telón y el silencio reinó en la sala, terminando la representación entre atronadores aplausos, haciendo el público cariñosa despedida á María Guerrero y Fernando Mendoza, que preparaban su viaje para Buenos Aires.

VII

La sociedad cosmopolita de Biarritz acude de preferencia, en el mes de Septiembre, á la aristocrática playa por ser la época de mayor animación.

En Septiembre se abre el *Golf Club*, aumenta la concurrencia al Tiro de pichón, se verifican carreras hípicas, empiezan las representaciones del Teatro del Mar, los Casinos rivalizan en ofrecer bailes y conciertos. Los cotillones del Casino Bellevue son magníficos.

La playa, la plaza de la Mairie, las carreteras de San Juan de Luz y de Bayona vense profusamente concursadas.

Cuando menos lo indicaba el cielo, formidable tempestad se desencadenó: cinco lanchas pescadoras fueron á pique, sepultando á todos los individuos que las tripulaban.

Para reunir fondos destinados á las viudas y huérfanos de las víctimas de la catástrofe marítima, pensóse en algo de gran atractivo, resolviendo organizar un minué infantil en el Casino Municipal. Los pequeñuelos vestirían trajes Luis XV.

Ocho días después verificábase la fiesta en un atardecer apacible de fines de Septiembre: la *Virgen de las Rocas*, que se alza esbelta entre alfombra de nevado encaje, presentaba su silueta bajo diáfano cielo, enfrenando con sus menudos pies el oleaje. Reinaba perfecta calma en el mar.

Los bailadores del minué estaban monísimos: *Nina*, la hija de Luisa, con un caballerito de su edad, dirigían el baile. El espectáculo era precioso: un cuadro de Watteau. Privado de contemplarlo vióse el papá de la inteligente pequeñuela por haber recibido noticias telegráficas de la huelga de los labradores de su cortijo sevillano, rebeldes á la dirección de un administrador inepto.

Las parejitas del minué estaban adorables de gracia y coquetería: manejaban el monóculo, los impertinentes y el abanico con una intención que hubiera satisfecho á los cortesanos de la Pompadour.

Luisa hallábase en animada plática con el padre de uno de los protagonistas de la fiesta. Lavistal, ceñudo, mirábala desde lejos con gesto tan hostil, que á no hallarse los concurrentes tan distraídos, hubieran notado la alteración de su rostro, la agitación de sus movimientos.

Terminado el minué, enteráronse los espectadores de que la recaudación era escasa, y algunas damas desprendiéronse de sus joyas para subastarlas. Una señora rusa subastó un brazalete; una inglesa una sortija; una española un bibelot de la cadena de su reloj.

Levantóse de su asiento una cupletista francesa y dijo con gran soltura:

—Yo subasto un beso.

¡Gran expectación!

La cupletista era una hermosa mujer que apenas contaba veinticinco años de edad.

Llevaba soberbio traje de encaje blanco con aureas aplicaciones; estaba elegantísima.

La subasta creció pronto con valiosas pujas.

—Yo doy dos mil francos—vociferó un inglés
—Tres mil—ofreció un alemán .

—Vayan cuatro mil—añadió un conterraneo de la subastadora.

—Yo doy cuatro mil quinientos—dijo abriendo la boca Lavistal, fijando dura mirada en Luisa, que, aunque trató de dominarse, palideció.

—Yo daré seis mil—exclamó un porteño.

Lavistal se retiró; la palidez de Luisa, su alteración, habían satisfecho sus deseos.

Al oír la espléndida puja del porteño, gritó un español :

—Bien por la raza. Ese americano es de los nuestros.

Hubo un momento de silencio; todas las miradas se fijaron en el argentino.

La sensualidad de los hombres estaba tan aguijoneada como la curiosidad de las mujeres.

Rápidamente, el argentino tomó en brazos á un chiquitín, y, acercándole su carita á los labios de la cupletista, exclamó:

—El beso para mi hijo.

¡Bravo, bien, magnifique ravissant eran las exclamaciones que se oyeron entre atronadora grifería.

—¿Quién es ese americano—preguntó Luisa á su acompañante, esforzándose por aparecer serena tras las pasadas emociones.

—Es un millonario de Buenos Aires, muy original; tan desfacedor de entuertos, tan altruista, tan superecaballero, que le denominan *el Quijote de Ultramar*.

—Los argentinos son encantadores!—repuso Luisa, alzando la voz al ver acercarse á Lavistal.

—¿Qué se cuenta por ahí? dijo éste, haciendo alarde de tranquilidad.

—Se comenta el último chiste de Gloria Laguna antes de salir de Madrid—repuso Luisa, serena aparentemente.

—¿Qué dijo?

—Hallábanse en un té, y Gloria preguntó á la solterona señorita Deledan:

—¿Cómo estás tan callada, Olga? Eres más fria que tu nombre ruso.

—En boca cerrada no entra mosca, hija mía.

—Ni en Puerta Cerrada, marido exclamó Gloria con inimitable gracejo.

Como todos los de la reunión sabían que la incasable Olga habitaba en la plaza de Puerta Cerrada, la caustica frase fué muy reñida.

La sociedad, pidiéndole chistes á Gloria, hace de ella mujer terrible. Y, sin embargo, Gloria,

la usáramos en su verdadera acepción, si no hubiera perdido su valor, no habría que adjetivarla.

Quien vea á las mujeres reunirse en todas partes, creerá que se quieren; nada de eso: se buscan porque se aborrecen; son antropófagas, necesitan devorarse.

Si el cadáver de un enemigo nunca huele mal, la derrota de las llamadas amigas regocija más que apena.

VIII

Al siguiente día, mientras *Nina* cogía conchas en la playa, acompañada de la Institutriz, Lui-



que parece agresiva, es bondadosa. Los satíricos siempre pasan por malévolos.

A Gloria no se le perdonaba en esta sociedad hipócrita su franqueza, su independencia de carácter, su antipatía á lo vulgar, al tópico corriente.

—Si Gloria escribiera, ¡qué verdades diría!—objetó Luisa.

—Podía publicar un libro titulado *La sociedad sin careta*—repuso Lavistal.

—Ella, que tiene talento observador—añadió Luisa,—debiera llamar la atención sobre la palabra amiga. Figúrense ustedes qué confianza tendrán las mujeres en lo que representa el vocablo, que, al terminar una carta, necesitan acompañarla de algún adjetivo: Tu leal amiga, tu sincera amiga, tu amiga de corazón. ¿Por qué esa redundancia, ese pleonasmo? Porque las mujeres desconfiamos unas de otras. Si la voz amiga

sa y Lavistal dialogaban, fijando distraída mirada en las olas.

—Es indudable—decía él—que el amor tiene que pasar por el crisol del martirio para demostrar que es de buena ley. No nos afomentemos más. Usted me hizo sentir celos, y yo necesitaba verla sufrir para consolarme. Benditas sean las amarguras que usted causa, porque dan la felicidad. He visto asomar en usted la pasión, y ya estoy compensado. ¿Por qué esa afectada indiferencia de hoy, si vi relampaguear el sentimiento en sus ojos cuando traté de sondarla? Usted lleva el *nirvana* filosófico hasta el amor, y el budismo es filosofía que pasó de moda. Es usted incomprendible; no me explico su pasividad. Usted no puede prescindir de mí, porque he derramado la mitad de mi alma en la suya. Aunque pretenda usted olvidarme, no lo conseguirá.

Lleva usted el tatuaje de mi amor; el tatuaje sólo se extirpa con la amputación, y no se puede amputar el espíritu.

Nuestro ser mortal está tan enlazado, que en las diversas transformaciones de la existencia, al sentir correr sus ondas fugitivas en las variadas formas de que el sepulcro es cuna, hemos de encontrarnos atraiados con la potente y misteriosa fuerza con que las partes simpáticas y armónicas se unen para formar un solo todo en la Naturaleza.

Cuando nuestra vida individual se confunda en la vida universal, fuente inagotable, á que preside la atracción y el amor consagra, ¿por qué espíritu ó esencia, alma ó fuerza vital, átomos armónicos de un todo consciente, no hemos de unirnos como la flor al tallo y al pétalo la flor? Y ya que la muerte no logra destruirnos, ¿por qué aunque sea sin conciencia de lo pasado, no hemos de amarnos con otra conciencia nueva, tal vez más llena, al contrario de lo que hoy nos ocurre, más llena de placer que de pesadumbre?

Esa es la inmortalidad que sueño, que anhelo. Usted, con ese algo divino que lleva dentro de sí, me hace creer en lo sobrenatural.

Ha llegado el momento de realizar una ilusión de los dos, de los dos, no me lo niegue.

—¿Cuál?

-- Sentir simultáneamente la emoción pasional y la artística: las circunstancias nos ayudan para realizar un viaje juntos. He recibido encargo de una Sociedad Egiptóloga tan respetable, que existe desde las conquistas napoleónicas, para hacer unos estudios en unas ruinas. Usted siente entusiasmo por la arqueología. Como piensa usted ir á París, á dejar á Nina en el colegio, como su amiga Teresa le puede dirigir las cartas á su marido desde París, podemos pasar un mes en Egipto, muy tranquilos. Ya sabe usted que los españoles no viajan. Tendremos la suerte de no encontrar á ningún conocido.

— Siempre me interesó esa tierra de la filosofía, único pueblo de la antigüedad donde alcanzó la mujer libertad relativa. Demostrado está que en el valle del Nilo existió el matriarcado, ya que en tumbas, en papyros y monumentos se observa que los hijos tienen filiación uterina, llevando como primer apellido el de la madre.

—Sí, ante aquellos jurisconsultos tenía más importancia la maternidad que la paternidad, lo cual se explica por ser la única segura. No existió el gineceo en Egipto, pues si permanecían las mujeres recluidas temporalmente, era precaución higiénica que se tomaba mientras estaban bajo la influencia del fenómeno catamenial.

—He observado en mis lecturas de libros históricos que la religión verdaderamente indígena de los egipcios revela el prestigio alcanzado no sólo por la madre, sino por la mujer.

— Es verdad la fe en la superioridad de Isis,

bienhechora del país, á la que se atribuyen todos los dones de la Naturaleza, inspira la consideración al sexo femenino que existe en la tierra faraónica.

Además, la mujer, tratada siempre de falsa, de impostora, debe agradecer que la representación de la Verdad en Egipto encarne en la diosa Men.

La Reina, hermana y esposa del Rey, era considerada sér divino, tenía atributos hieráticos. Un país que concede tanta importancia á la mujer en su teogonía, no podía negársela en la vida social.

— Claro está. La mujer, considerada fisiológicamente, obtuvo allí superioridad sobre el varón por su exquisito temperamento nervioso, que la dota de sentidos más aguzados, más sutiles.

— Gran diferencia, querida Luisa, con otros pueblos, que siguen denominándola *la enferma, la eterna niña*.

— Adoradora yo de las glorias femeninas, tengo en el altar de mi pensamiento un hermoso tríptico egipcio, formado por Hipatia, Catalina de Alejandría y Cleopatra.

— Mi corazón me anuncia que haremos ese viaje encantador; pero necesito oírselo decir, quiero la promesa suya, á la que sé no ha de faltar, porque conozco su carácter.

— Dígame, vida de mi vida, digámelo, ¿giremos?...

— Sí... suspiró languidamente, con desfallecimiento, vencida, envolviéndole en una mirada que á él le pareció voluptuosa.

— ¡Bendito momento! Quisiera, Luisa mía, que se nublara el sol en este instante para arrojarme á tus pies, para permanecer de rodillas ante tí toda una vida. Iremos juntos; allá descifrare en tí algo más difícil de descifrar que los jeroglíficos egipcios, rasgaré velos tuyos, más densos que los de Isis; adivinaré en tí, estinge mía, enigmas que Edipo no adivinó; tejeré con pétalos de loto y plumas del sacro ibis, una alfombra para tí, que no tuvo diosa alguna; haremos de la prosa poesía vivida.

.....
Carlos estaba ebrio de felicidad: no es que anhelara la posesión de la mujer, amada por egoista sensualidad; es que sabía bien que las mujeres delicadas se adhieren espiritualmente al hombre amado, mucho más, desde el momento en que son poseidas por él.

IX

El cielo de París, grisáceo, nebuloso, enviaba á la tierra lluvia tamizada, la víspera de la festividad de los muertos, ajando los crisántemos que adornaban las tumbas.

Los franceses rinden culto á los eternos ausentes.

Todos los cementerios son muy visitados, especialmente en los primeros días de Noviembre, siendo el cementerio del Père Lachaise el preferido por literatos, artistas y amantes desgraciados.

El mausoleo de Abelardo y Eloísa tiene siempre flores frescas, porque la religión del amor es la que cuenta con más prosélitos, la que impone la de tener amigos.

Mientras los parisenses dirigíanse a las Necrópolis, Luisa salió en su coche para llevar á su hija al Colegio del *Sacré Coeur*.

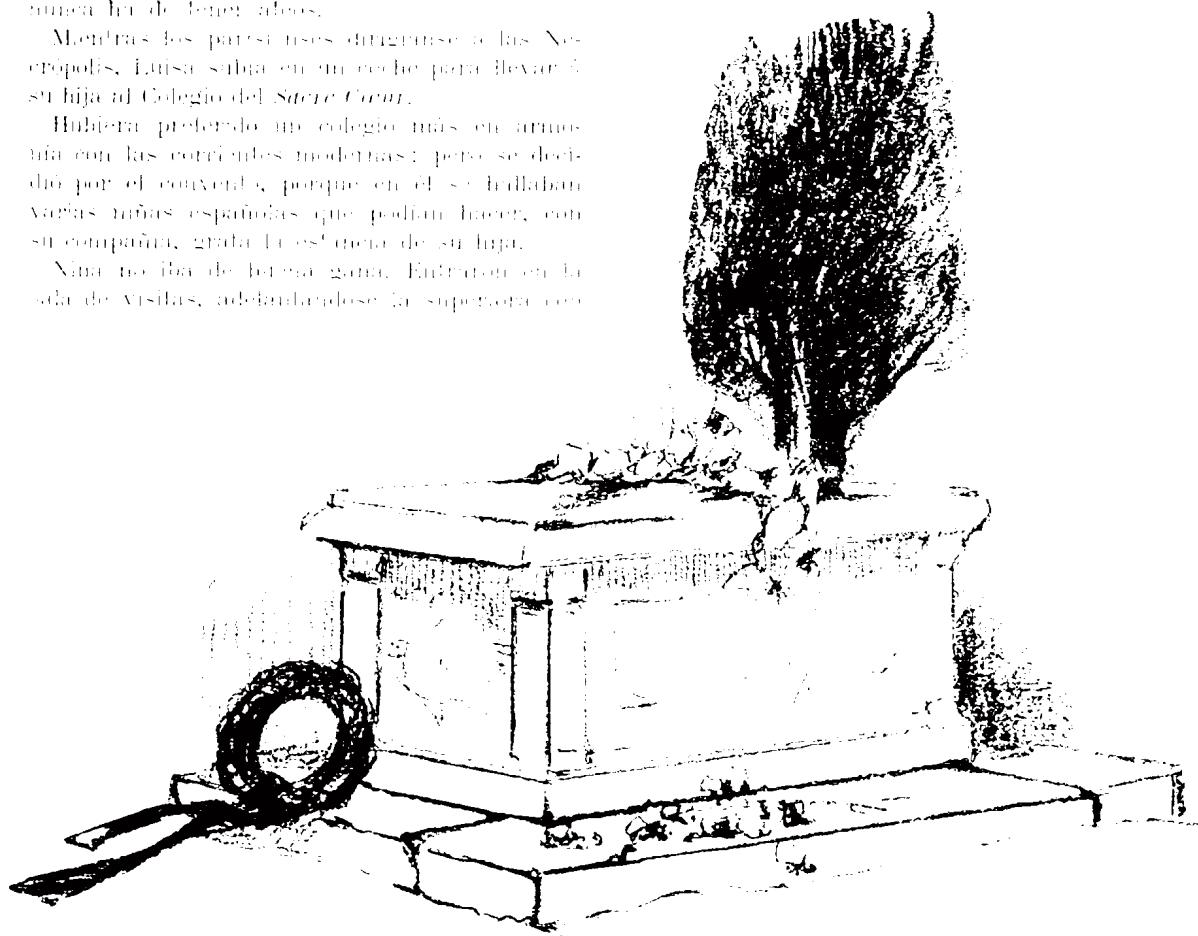
Había preferido un colegio más en armonía con las corrientes modernas; pero se decidió por el convento porque en él se hallaban viejas niñas españolas que podían hacer, con su compañía, grande la estampa de su hija.

Nina no iba de forma gama. Entraron en la sala de visitas, adentrándose la superiora con

pañolas y no volverás á ver á esa mademoiselle, á la que tanto aborreces.

— No, no, no quiero quedarme; prefiero á mademoiselle.

Una monja, encargada de las colegialas de primer curso, apareció para llevar á Nina con las compañeras.



la cortés sonrisita que hace simpáticos á los franceses.

Quiso enseñarles todos los departamentos del convento, y al ver Nina cuadros murales con Cristos sangrientos y corazones de Dolorosas atravesados por espadas, se iba entristeciendo; ella que sólo había contemplado en su casa ángeles y Concepciones de Murillo, sollozaba en voz baja, lloraba, no con llanto estridente de chiquilla, sino con lágrimas de esas que no asoman á los párpados porque quedan en el alma.

Repentinamente, cogióse al vestido de su madre, exclamando:

—No, mamita, no me dejarás aquí. Acuérdate que cuando encontré en el jardín de Biarritz á la golondrina muerta me dijiste que moriría porque su madre la había abandonado; yo también me moriré si me dejas.

—Aquí estarás muy bien, tendrás amigas es-

Sor Benigna mostraba en su severo rostro la más perfecta antífrasis de su nombre. Su aspecto era repulsivo: de estatura colosal, abultadas facciones, duras, varoniles, semejaba un filisteo con hábito femenino.

Fué á tomar á Nina de la mano y ésta dió un grito de terror. Insistió sor Benigna en llevársela y la chiquilla tiróse al suelo presa de convulsión nerviosa.

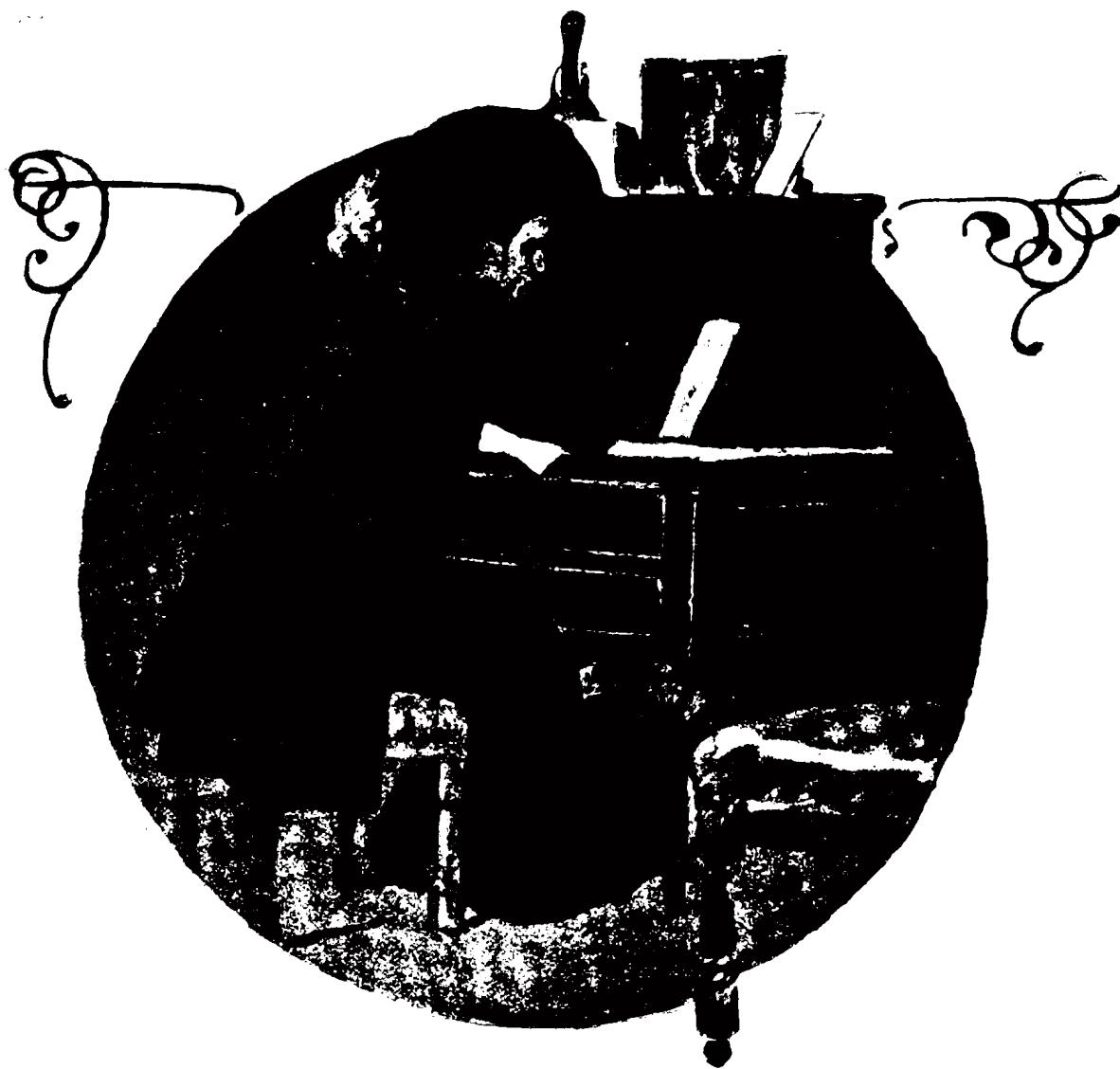
Hube que acudir al botiquín del colegio.

Ante aquella dolorosa escena, Luisa tuvo un arranque maternal y dijo á la Superiora:

—Ya ve usted que la vida de mi hija peligra.

—No será yo quien aconseje á usted que deje á la niña en tal estado. Quizás cuando sea mayor podrá entrar en esta casa; ahora es imposible.

Gran reacción sentimental operóse en el alma de aquella madre. Despertó su conciencia



adormecida por arrullos morbosos, dióse cuenta de sagrados deberes olvidados; llegó al hotel donde se hospedaba, ordenó que no recibieran á nadie, y escribió extensa carta á Carlos, residiéndole lo ocurrido, en la que se leían estos párrafos:

«Las lágrimas de mi hija han hecho florecer en mí sentimientos agostados.

»He cambiado de resolución.

»Mi padre me hizo amar la filosofía kantiana, y en ella esa ley moral que la razón impone á la voluntad con la fórmula del *imperativo categórico*.

»Mi *imperativo categórico* me aleja de V.

»La devoción á Kant, el hombre más virtuoso y sabio del siglo XIX, no le parecerá á usted fe-

lchismo, porque V. le ha elogiado calurosamente más de una vez.

»Marcho á Andalucía, al lado de mi marido, para ayudarle á conservar la fortuna de Nina, que se está desmoronando por ineptitud de unos y negligencia de otros.

»Felizmente, no tengo que avergonzarme de nada ante usted; más tarde, pasada la tempestad sentimental, podremos ser amigos.

»Consuelo grande es para mí la seguridad de poder contar con su respeto, respeto que un amor satisfecho hubiera destruído.

»Nina no necesita Institutriz ni colegio: yo seré su maestra.

»La educación de una hija puede llenar una vida.»

Concepción Gimeno
De Flagnies